PQ
6653
H57
D4
1994

Rafael Chirbes

Los disparos del cazador

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Portada:
Julio Vivas
Ilustración: fotografía de Claus Wickrath

© Rafael Chirbes, 1994

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1994
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-0971-1
Depósito Legal: B. 16621-1994

Printed in Spain

Libergraf, S.L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Llamo a Ramón, mi criado, y le pido que me ayude a salir, y me abrazo a él, que me envuelve en una toalla y me habla en voz baja, repitiendo muchas veces las mismas palabras como si quisiera hipnotizarme. Las gotas de agua se quedan en el mármol del suelo, junto a la bañera, como restos de una belleza destruida.

Antes, cuando mi hijo traía a Roberto para que pasara con nosotros las tardes de domingo, encontraba en sus ojos infantiles destellos de esa belleza. Pensaba que dentro de él crecían los colores que luego habrían de perseguirlo para siempre. Mi propia mirada descubría las fuentes en las que bebía: el sol dibujando una telaraña en el jardín, el libro de los animales, las colecciones de cromos, la caja de metal en la que Eva guardaba golosinas que extraía con su mano deforme por la artrosis, pero que a Roberto le parecía la de un mago, el cajón de

las viejas fotografías. A veces, cuando lo sentía extasiado en mis brazos, deseaba su felicidad, su muerte.

Ramón me coge del brazo y me conduce a lo largo del pasillo desde el salón donde he permanecido oyendo la radio, hasta mi cuarto. Se pone del lado derecho. Siempre es así. Avanzamos juntos por el pasillo, él flanqueándome el lado derecho. Sin saberlo, me evita contemplar, con el bulto de su cuerpo, el retrato de Eva con el collar de platino que le traje de Niza, y el cuadro de un húngaro llamado Czóbel que representa una esquina de la calle Vavin, y que adquirí en París hace una veintena de años, o no, bastantes más, porque Manuel aún estaba estudiando por entonces en el colegio de Rouen. Agradezco el cuerpo de Ramón ocultándome las dos imágenes de una memoria que no deseo. Mi rostro hundido en el cuello de Eva y en la lengua el sabor metálico del collar.

Cuando Eva murió, despedí a la cocinera, y tampoco vino más la muchacha que hacía la limpieza. No quise que ninguna mujer volviera a pisar la casa, no por susceptibilidad, ni porque me pareciese que cualquier mujer usurpaba el puesto de Eva, la sustituía, sino porque tenía conciencia de que entraba en la etapa de mi vejez, y un viejo toma actitudes, ofrece imágenes de sí mismo, de su propio cuerpo, que lo

humillan ante cualquier mujer que no participe de cierta fascinación por él, que no haya sido seducida. Me pareció más conveniente buscar la presencia de un criado, la compañía varonil, e incluso la fuerza física que puede serme necesaria en momentos que, aunque indeseables, no descarto que en un futuro hayan de llegarme.

Ramón me ayuda a desnudarme, ha colaborado en desagradables tareas de enfermero cumpliendo instrucciones del médico; cargó con mi cuerpo y me acompañó durante los meses que duró mi recuperación de una rotura de cadera que me ha dejado la secuela de un trombo cuyo recorrido vigilan periódicamente los médicos y que para mí es como la firma al pie de ese certificado que todos recibimos al nacer y que se llama muerte. Ramón se ha convertido en mi mano derecha, o mejor sería decir en mis dos manos. Recoge el correo, hace la compra, cocina con mejor tino que cualquier mujer, mantiene limpia la vivienda, cambia las flores del jarrón que hay sobre el tocador de mi dormitorio, cuida del jardín –sólo periódicamente ayudado por algún jardinero provisional– y me sirve de chófer en las escasas ocasiones en que aún deseo volver a la casa de Misent.

Soporto mal la casa de Misent. La construí en el momento en que mi relación con Eva

vislumbraba su mejor horizonte. Fue la caja que guardó la infancia de la pobre Julia, su instante de belleza y de bondad: las carreras por el jardín, las risas en la playa, las imágenes felices detenidas en viejas fotografías que aún me encuentro cuando registro los cajones buscando ordenar de otro modo las cosas, cambiarles en mi cabeza el curso que siguieron, reconstruirlas poniendo en pie de otro modo los montones de escombros a que todo ha quedado reducido.

Ya no está sola junto al mar. Ya no tiene el aura que le concedía la soledad de aquella costa pedregosa y atormentada en la que el fragor de los temporales lo llena todo, con su ruido de agua y viento, y el de los cantos que se arrastran en la orilla, y que fue para mí el símbolo de mi propia fuerza, de la fuerza de mi propia historia, hecha con la constancia de la voluntad, del cuidado, de las obligaciones aceptadas y cumplidas.

La casa nació para guardar una historia.

Fue diseñada pared a pared, ventana a ventana, con vocación de albergue para la familia que mis principios me habían llevado a fundar. Hoy permanece cerrada y, además, ha sido trivializada por la presencia en sus cercanías de decenas de otras construcciones, la mayoría de ellas carentes de toda voluntad de grandeza: simples apeaderos en los que cada verano se refugian los turistas ocasionales.

El espejo de la casa de Misent me devuelve la imagen de Eva cuidándose las manos. Es una imagen más íntima, que acompaña el rumor de las confidencias, de la apacible conversación. También la de otra Eva suntuosa, mientras se pone las joyas antes de una fiesta, de una salida nocturna. Es el espectáculo de toda su belleza. Es su cuello hermoso emergiendo del escote, el complicado dibujo de su peinado, el irresistible brillo de sus hombros, y mi cabeza que se hunde allí, en el ángulo del cuello con el hombro, desordenando su armonía, y mi boca que siente el suave calor de su piel y, sobre la lengua, el frío del collar de platino. Son instantes que están dentro del espejo y que surgen cuando lo miro.

Sólo un constructor, o un arquitecto que además me conociera perfectamente, conociera la historia de mis primeros años con Eva (es decir, sólo Ort), podría descubrir los matices, las sutilezas que encierran tanto la fábrica de la casa de Misent como su mobiliario. En ella busqué, sin traicionar el carácter mediterráneo, un equilibrio de luces y sombras, de espacios abiertos e intimidad, un envoltorio suave y perfecto para mi familia.

No era un chalet en la costa. ¿Quién emplea caoba y palosanto, mármol y pickman en un chalet de la costa? Era la gran casa familiar que

seguiría siendo un refugio aun después de que la familia hubiese crecido e incluso se hubiera dispersado, el punto de referencia que le permite a uno no perderse nunca en la vida, la aguja del compás. Ahora permanece cerrada, con los muebles cubiertos por fundas y el jardín abandonado. Y nosotros nos hemos perdido, tal vez como pago de mi orgullosa ambición de orden. Él dispone y entre sus disposiciones está la de ponernos a prueba, la de tensar el arco de nuestras vidas para descubrir su resistencia.

Intento seguir poniendo orden en mis días. Ramón viene temprano a despertarme y me ayuda a lavarme y vestirme. No sé cómo se las arregla para, al mismo tiempo, preparar el desayuno y tenerlo a punto en el salón, junto a la ventana que da sobre el jardín. Es el mejor momento del día, ese frágil sol de invierno madrileño cayendo sobre la mesa y regando las ramas secas de los árboles parece llamarme y me lleva a salir a dar un paseo y a permanecer luego largo rato en un banco mientras Ramón me lee el periódico. Si durante la lectura cierro los ojos, puedo llegar a tener la impresión de que he regresado a la costa y ellos aún están: que Julia y Manuel se han ido al colegio y Eva ha salido de compras y Josefa, la cocinera, ha empezado a preparar la comida. Dentro de un rato volverán todos y se sentarán en torno a la mesa. Entonces le ordeno a Ramón que se ca-

lle, que interrumpa la lectura, y me quedo en ese silencio lleno de recuerdos.

Los recuerdos tenían que ser como lecciones de un oficio que nos sirvieran sólo para hacer las cosas de cada día: algo técnico, pero carente de cualquier densidad, de cualquier emoción. ¿Qué otra utilidad, sino la del sufrimiento, tiene la emoción de los recuerdos, si nada de cuanto nos transmiten ha de volver? Intento imaginarme cómo sería el silencio de las noches en mi habitación si no hubiera recuerdos, sólo oscuridad, o la luz eléctrica alumbrando callada los objetos, desnudos de cualquier significado que no fuera su uso.

Algunos días le pido a Ramón que me lleve a comer fuera. Elijo entre los tres o cuatro restaurantes de siempre, o bien busco en la guía alguno nuevo y especialmente recomendado, y disfruto del ritual de la salida; de los gestos de Ramón ofreciéndome la bufanda, el abrigo, el sombrero, y del paseo a través de una ciudad que se me ha vuelto extraña, pero cuyo ajetreo aún conserva para mí la seducción de lo cambiante y vivo. No es raro que el paseo nos lleve a cruzar ante la puerta de alguno de los locales que frecuenté hace muchos años y, a veces, hasta le pido a Ramón que se detenga y entro a tomarme un café, o un vermut, depende de cuál sea el momento del día, y a pesar de que hace

años que dejé el tabaco, me fumo un cigarrillo. También con esos gestos me parece que recupero destellos de algo perdido.

Es curioso, pero el vermut del mediodía sigue trayéndome la nostalgia de la vida social, sin duda empujada por el recuerdo de las mañanas de domingo, cuando la misa terminaba en un paseo familiar y en el vermut con los amigos; por entonces, también era habitual concluir la jornada en la oficina, la visita a la obra, o iniciar una comida de negocios, con el vermut. Apenas si ahora soy capaz de entender la vida fuera de esa actividad social. Para mí, la soledad siempre tuvo algo de sospechoso, e incluso la religión me parecía inimaginable sin su componente familiar y social. En él encontraba la plenitud: la misa del domingo, las bodas, bautizos, comuniones y entierros eran expresiones, tristes o gozosas, de ese carácter comunitario.

Me parecían sospechosos los amigos solteros y solitarios, como sujetos a secretas amarguras o inclinaciones. Y hoy esa desconfianza recae sobre mí mismo y me lleva a auscultar continuamente la evolución de mis sentimientos, y a veces siento miedo de que, en mi decadencia, aún pueda llegar a conocer aspectos indeseables de mi psicología. Del mismo modo que los esfínteres del cuerpo, es probable que la vejez debilite también las válvulas del alma, sobre

todo cuando se rompe el vínculo del matrimonio, que sirve de sostén y freno. Como en el soltero, también en el viudo creo que anida un germen de sentimiento sin control, a la deriva.

Quizás por ese motivo no acabo de aceptar que la palabra viudo me define. Además, tiene algo de siniestro. Siempre me parecieron pregoneros de la desgracia, aves de mal agüero, esos hombres vestidos con pantalón y camisa negros, o con un botón o un retal negros en el cuello de la camisa blanca, que tanto se veían en España años atrás. Con frecuencia –sobre todo en el campo–, se trataba de tipos jóvenes y robustos, de saludable aspecto, y sin embargo, flotaba en torno a ellos un aura de culpa: el presentimiento de un veneno que se había transmitido a su mujer como una mordedura. Claro que ese presentimiento se dejaba ver en los casos en que la mujer había fallecido joven, y aún más si era hermosa. No es el mío: Eva murió hace apenas una decena de años y, además, pudo ser víctima de otro veneno, cuya composición habría que preguntarle más bien al doctor Beltrán.

Releo la última frase que acabo de escribir y pienso que acabaré tachándola. No está a la altura de mis sentimientos, ni corresponde al propósito de este cuaderno, en el que no quiero que asome el menor resquicio de rencor, sino

todo lo contrario, una profunda misericordia, la misma que solicito a Dios que deje caer sobre mis debilidades, que no han sido pocas, aunque pienso que siempre han estado amparadas por la discreción y que jamás se han convertido en motivo de escándalo para nadie. Es algo que puedo anotar con orgullo a mi favor y que me sirve de consuelo en estos tiempos de confusión en los que el escándalo más bien parece haberse convertido en virtud.

Ni siquiera Eva llegó a sospechar mis debilidades. Nunca me permití ante ella un desfallecimiento o una quiebra en mi dignidad: ofrecí en todo momento la imagen de una presencia estable, fuerte, en la que los demás podían encontrar apoyo sin un resquicio de duda. Si algún acto cometí discutible, fue la mayor parte de las veces guiado por el natural afán de beneficio de quien quería asegurar el futuro de su familia, y a Eva no le llegaron ni los ecos más remotos de esas actividades; su moral jamás quedó enturbiada por nada que procediese de mí. Me esforcé por mantenerla inocente como un ángel, limpia como un espejo sin empañar, y ni siquiera la hice partícipe de algunas pasiones que anidaban dentro de mí y que me pareció indigno compartir con ella. Preferí satisfacerlas fuera de casa, siempre con las debidas precauciones de higiene y seguridad.

Portales solitarios, escaleras vacías, apartamentos en penumbra. El recuerdo de mis relaciones fuera del matrimonio me llega silencioso, como los pasos sobre una alfombra mullida. El crujido de la llave en el agujero de la cerradura. Eran sólo aventuras apartadas de la vida cotidiana y que jamás pusieron en peligro la estabilidad de la familia, y si bien es cierto que busqué que se prolongaran, hasta el punto de que algunas –las que mantuve con Elena y con Isabel– duraron años, fue porque preferí la seguridad de lo conocido a la incertidumbre de las aventuras encontradas en bares dudosos o en noches en las que el alcohol te lleva a perder la cabeza. El deseo, o el cariño que en esos casos acabó naciendo, fueron sentimientos secundarios frente a lo que de verdad buscaba: la discreta satisfacción de pasiones que estaban dentro de mí.

Nadie que no debiera tuvo acceso al teléfono de la oficina, y menos aún al de la casa. Y si la natural convivencia con Elena e Isabel me llevó a tener que financiar apartamentos y a obsequiarlas con regalos o con pequeñas entregas de dinero en efectivo para subvenir a sus necesidades o caprichos, es bien cierto que jamás supusieron un peso en mi economía.

Y no porque me comportase de manera poco honesta con ellas, ya que nunca les oculté mi propósito, ni mucho menos mi situación de padre de familia que quería con amor auténtico a mi mujer y a mis hijos. Tampoco dejé de manifestarles con claridad lo que exigía: esa entrega incondicional en el lecho que se busca en las amantes y que mi propia actitud compensó. No tengo por qué ocultar que gozaron entre mis brazos, que fui capaz de desatar su pasión y de cumplir el deseo que en ellas encendí. Mi carácter y también mi orgullo me impedían abandonarlas sin la certeza de su satisfacción en cada encuentro.

Sólo en contadas ocasiones las veía fuera de nuestros lugares de cita habituales, y en esas ocasiones la sensatez y el cálculo jugaron su papel. Sobre todo Isabel, aunque también Elena, me acompañaron en numerosos viajes, la mayoría de ellos fuera de España, a lugares donde resultaba prácticamente imposible tropezar con algún conocido. Viajes de negocios en los que ellas aguardaban en la habitación del hotel el final de mis reuniones, hojeando revistas de modas o viendo la televisión. En los ratos libres practicábamos un poco de turismo y a veces prolongábamos la estancia durante un par de días más. Con Elena viajé a México y Buenos Aires. Isabel me acompañó con frecuencia en viajes cortos, pero también estuvimos juntos en Nueva York, Londres o Milán. Con las dos pasé breves temporadas en París, aunque a París, durante algunos años, venía Eva, que rompió sus hábitos sedentarios para acercarse de compras a Francia, aprovechando para visitar a Manuel, que estudió en Burdeos y Rouen.

De un modo que reconozco mezquino, me consideré afortunado porque Eva odiaba los viajes: era como si también con ese pequeño detalle el destino favoreciese la estabilidad emocional que yo buscaba, y me permitiera alternar los apacibles momentos de intimidad familiar con pequeñas aventuras cosmopolitas, ya que no siempre me dejé acompañar en los viajes por mis amantes madrileñas, sino que con frecuencia busqué compañía en el propio lugar al que los negocios me habían llevado. Y resulta curioso, pero puedo asegurar que si, en un par de ocasiones, estuvo a punto de triunfar

en mi vida la pasión sobre el sentido común, fue con alguna de esas mujeres que de entrada sabía que eran pasajeras, y que irremediablemente tenían que desaparecer de mi vida horas más tarde. Esa sensación de inminente pérdida me perturbó, llenándome de amargura.

En todos los casos, el traslado en taxi hasta el aeropuerto, los trámites de embarque y el viaje en avión fueron convirtiendo en una niebla cada vez más tenue el recuerdo de aquellos seres que me habían cegado, aunque luego, durante temporadas más o menos largas, los cuerpos y gestos de esas mujeres que había perdido se superpusieran, durante el acto del amor, a los de mi esposa y amantes de Madrid, renovando mis deseos y mi tristeza.

Aún hoy me alcanzan jirones de esa pasión, sobre todo en la hora triste que es siempre para mí el atardecer. Los días en que siento esa nostalgia, le pido a Ramón que me arregle la vieja habitación de matrimonio que normalmente permanece cerrada desde que Eva falleció. No sé si Ramón sospecha las razones de esa periódica alteración en mis costumbres. Registro en los cajones cerrados de los que guardo celosamente las llaves y me dejo llevar por mis instintos –la media luz, la penumbra de las cortinas tapando la ventana a la noche–, hasta que la imagen de mi cuerpo reflejada en el espejo me

devuelve la sospecha de la fluidez de mis sentimientos y la certeza de la degradación de la carne.

Ya no soy fuerte. Soy simplemente obeso y mi vientre es blanco como el de un recién nacido. Temo que Ramón sospeche esas desoladoras ceremonias, e incluso las espíe, porque, a veces, a la mañana siguiente, me parece más callado y huidizo. Al recoger la habitación tiene que encontrarse con las huellas de mi dudosa energía en las ropas de la cama.

La sospecha del hombre solitario, del viudo. Al igual que yo, Ramón es un hombre solitario y ni siquiera abandona la casa los días que tiene asignados para su descanso. Se queda durante toda la tarde en su habitación y, por la noche, me llama a la hora de la cena y luego me ayuda a bañarme y acostarme. Poco sé de su familia, y nada de sus actuales relaciones, si es que las tiene. Vagas referencias a su pasado campesino, alguna llamada telefónica de alguien que, al parecer, es su sobrino y, ciertos jueves, breves salidas, a la vuelta de las cuales no me brinda la menor explicación. Sin embargo, ni por presencia, ni por edad, puede decirse que Ramón sea viejo o enfermizo. Debe de rondar los cuarenta años, aunque aparenta bastantes menos, con su cuerpo robusto: un magnífico ejemplar humano cuyos rasgos viriles acentúa la poderosa barba.

Cuando regresa de esas escapadas, involuntariamente busco en él la huella de impulsos satisfechos, muestras de fatiga o rastros de algún perfume nuevo. En ninguna ocasión he podido descubrir nada que alivie mi curiosidad, o, mejor aún, que la sacie. Me pregunto si no seré yo quien lo espía a él, en vez de ser él quien me espía.

En tal caso, la curiosidad constituiría uno de los nuevos vicios que la vejez ha desarrollado en mí. No espié ni a mi mujer, ni a mis hijos, ni por supuesto al servicio, en ningún momento de la larga etapa en que viví en familia. Ordenaba sus vidas, eso sí, y daba por supuesto que poseía autoridad suficiente como para que ese orden que yo imponía nadie fuera capaz de conculcarlo, porque era el orden que exigían los hechos, su razón.

Nadie –ni siquiera mis amantes– me acusó nunca de celoso o vigilante. Acepté sin sospechas que Eva no me acompañase en los viajes. Mis hijos se limitaron durante años a entregarme los boletines de estudio con las notas, y a justificar las razones las veces en que no fueron satisfactorias. Yo me limitaba a vigilar algo en apariencia más prosaico, pero que constituía el verdadero corazón de la estabilidad en que vivíamos.

Vigilaba celosamente las cuentas bancarias,

los albaranes, el cumplimiento de pagos y cobros de facturas, los planos, los materiales, el trabajo de capataces y arquitectos y los plazos en las entregas de las obras. Siempre he pensado que el matrimonio supone un reparto de funciones, un contrato mediante el cual cada parte asume unas responsabilidades, ha de atenerse rigurosamente a unas reglas, y yo me atuve a las mías y creí con fe ciega que los demás se atenían a las suyas.

En mis cada vez más espaciados viajes a Misent, aún me siento en la butaca de cuero que fue mi preferida y le pido a Ramón que levante las persianas y me lleno de recuerdos que busco que sean objetos perfectos, cristales exentos de la densidad envolvente de la memoria. Y me pregunto por qué no puede haber recuerdos sin memoria.

Eva bailaba muy bien. «Me da la vida. El baile me da la vida», me decía, mientras la llevaba cogida de los hombros, de la cintura o de la mano, hacia la pista. Tenía una rara facultad para desaparecer y al mismo tiempo envolverte. Se derrumbaba sobre mí, dejaba caer la cabeza sobre mi hombro y, sin embargo, yo no notaba su peso. Ella estaba en torno a ti como un bienestar.

Incluso en los tres primeros años que vivimos en Madrid, y a pesar de las dificultades, encontrábamos suficiente humor y dinero para ir al baile. Claro que por entonces aún no habían nacido los niños y cogíamos el tranvía los domingos por la tarde y bajábamos a las terrazas que instalaban cerca del Manzanares, donde acudían a bailar los obreros. En aquel ambiente, el estilo de Eva, su elegancia, la hacían brillar como una diosa. Sólo más tarde empeza-

mos a frecuentar Copacabana, Pasapoga o Casablanca, sitios a los que continuamos yendo, ya casi a escondidas, años después, cuando lo que se había convertido en habitual entre los componentes de nuestro círculo era visitar las casas de los amigos, y habilitar el salón para bailar, o salir al jardín.

Fueron los años del bolero, de Agustín Lara y de Machín, y emborrachábamos nuestro amor girando abrazados en la pista y sintiendo nuestras dos caras muy cerca. Los cabellos de Eva acariciaban mi mejilla y eran las puntas más delicadas de sus dedos, su forma más exquisita de tocar. Nunca se bailó tanto en Madrid, ni se tomó tanto coñac francés, como durante aquellos años.

Llegábamos de fuera dispuestos a conquistar una ciudad en la que resultaba fácil conseguir lo imposible. Bastaba un contacto, una puerta (a veces, sólo una ventana) por la que entrar en ese mundo de negocios veloces en el que todo se vendía y se compraba con avidez: el güisqui, el champán, la penicilina, el cemento, la morfina, el caviar, la seda con diseños de París. A nosotros nos bastaron un par de direcciones de proveedores con quienes nos puso en contacto Manolo, el hermano de Eva, antes de salir de Misent, y nuestras enormes ganas de trabajar y vivir.

Luego estaba el estilo de Eva, su elegancia, que la hacía destacar entre toda la multitud de advenedizos que habían tomado al asalto la ciudad. Porque a ella le gustaban los boleros, pero podía hablar de Mozart, pronunciar divinamente el francés, elegir unos zapatos baratos con idéntico diseño que unos de marca, lucir con estilo las joyas que había conseguido sacar de su casa, y renovarse el vestuario con gusto, confeccionándose ella misma las prendas con la máquina de coser de la pensión, una vez que se le pasaron de moda los vestidos que había traído de Misent. Incluso tuvo el arte de conseguir que en los primeros tiempos nuestras relaciones no avanzaran en su intimidad más allá de la frontera deseada, y siempre –pareciendo que lo daba todo– consiguió ocultar nuestra dirección. Cada vez que sonaba el teléfono en el pasillo de la pensión, se encargaba de cogerlo personalmente, para evitar que cualquier indiscreción pudiese poner en peligro el círculo de sombra e intimidad que manteníamos en torno a nosotros.

Dicen que los últimos diez años han sido los que han visto nacer las más rápidas fortunas de la historia de nuestro país. No creo que sea cierto. Por entonces, Madrid era un inmenso descampado sobre el que se iban levantando pilares y andamios, y había que conseguirlo todo porque no se tenía nada. Recuerdo que, a

las pocas semanas de nuestra llegada, cuando vivíamos los peores momentos y teníamos que luchar para no caer en la desesperación, Jaime Ort, uno de los contactos que me había proporcionado el hermano de Eva, y a quien acompañaba en un paseo, me llevó más arriba de Cuatro Caminos, y me indicó con el índice aquel paisaje desolado de hierbas quemadas por el invierno y desmontes.

«¿Qué ves?», me preguntó. Y yo le respondí que veía un campo mísero que me hacía añorar la dulzura mediterránea de nuestra tierra. Se echó a reír. «No eres muy largo de vista, Carlos.» Le dije que si lo que me pedía era una enumeración, veía barbechos, unas chabolas protegidas por los desniveles del terreno, niños que escarbaban en los vertederos y algunos perros. Ahora, su risa se había convertido en una sonora carcajada. «Ten cuidado, no sea que los perros no te dejen ver el oro», me interrumpió mientras me palmeaba la espalda sin dejar de reírse, «porque todo esto, todo lo que abarca tu mirada, esta enorme extensión de tierra miserable, hasta aquellas montañas, no es más que un inmenso solar que está esperando que alguien tenga la cortesía de edificarlo.» Y, dándose la vuelta y poniéndose de cara a la ciudad, añadió: «Y ahí está el mercado.» Era una invitación para asociarme con él, que yo acepté. Y esa

misma tarde iniciamos nuestros negocios juntos.

Por el momento, él había empezado a vender en el mercado otras cosas. A veces oigo decir que los cimientos de buena parte de las empresas españolas, sobre todo de las constructoras, se pusieron aquellos años con penicilina, con morfina o con no sé qué que llegaba de estraperlo. Puedo decir que disiento de quienes hablan así: se pusieron sobre todo con esfuerzo, con trabajo e imaginación. Y, al hablar de ese modo, pienso en Jaime Ort y en su oficina, por la que pasó de todo, en la que se cambió, compró o vendió de todo, pero, si eso fue posible, era porque detrás estaba nuestra voluntad. Y si hicimos algo que hoy puede parecer poco honesto, fue porque teníamos que salir adelante nosotros, y también un país que emergía de menos que la nada, y eso exigía con demasiada frecuencia una cierta dureza.

No eran tiempos para señoritas, aunque uno las veía crecer alrededor en una soberbia cosecha. No puedo decir –como he dicho del baile y el champán– que nunca en Madrid hubo tantas mujeres como entonces, pero lo cierto es que daba esa impresión. A quienes aseguran que aquellos fueron años de beatería e intolerancia me gustaría que hubiesen tenido la oportunidad de salir de paseo por la noche de aquel Madrid de la mano de Jaime Ort. La ciudad era una

crisálida que estallaba en ciertos lugares en los que abrían las alas de su seducción millares de deslumbrantes mariposas. Revoloteaban alrededor de ti en todos los lugares donde se movía el dinero. Florecían en apartamentos, en casas de citas, asomaban sus uñas esmaltadas por encima de las barras de los bares americanos, sus dedos largos envueltos en humo, te miraban con ojos de fuego desde la pista de baile o desde detrás de un piano cuyas notas respiraban nostalgia de no se sabe qué.

Con Jaime Ort frecuenté Chicote y O'Clok, La Villa Rosa y Pidoux. Él me enseñó a mirar y reconocer entre las luces de neón, y también, que no hay más centro del mundo que uno mismo. No digo que no bebiésemos de la ciudad que se nos ofrecía en una copa cegadora, pero jamás perdimos de vista que, si frecuentábamos esos lugares, era porque allí se llevaban a cabo buena parte de nuestros negocios, y allí estaban nuestros clientes, nuestros acreedores, nuestros posibles socios y nuestros competidores. Ahora veíamos de cerca el mercado que él me señaló a distancia una tarde en los alrededores de Cuatro Caminos.

«Ganamos dinero para nosotros, no para dejárselo en el camino a los demás, y lo gastamos únicamente para poder seguir ganándolo», me decía. Era una forma de ver el mundo que caía

sobre mí como la lluvia cae sobre un campo abonado. A lo mejor porque sólo alguien que viene desde abajo y que busca su posición puede entenderla como yo la entendí. Ahora pienso que, si no logré inculcársela a mi mujer y a mis hijos, no fue por incapacidad mía, sino porque ellos (ni siquiera Eva en los primeros tiempos de Madrid) nunca tuvieron la conciencia de estar abajo.

Y cuando pienso así, me explico la amargura que me invade a veces, la certeza de que Eva les transmitió a mis hijos una despreocupación heredada de la que yo nunca he podido participar y que me ha alejado de ellos. Después de tres años de pelea incesante, a fines de 1948, compré el terreno de la casa de la Fuente del Berro, esta en la que ahora vivo y escribo, y, pasados unos meses, inicié su construcción, aunque pensaba todavía que mi estancia en Madrid iba a ser una etapa provisional antes del regreso definitivo a Misent.

Dos años más tarde, Ort y yo habíamos abandonado todos los negocios dudosos, la nueva casa había sido amueblada y Eva había contratado a nuestra primera cocinera. Cuando nació Manuel, todo estaba a punto, porque, como repetía Eva con gracia, «no hubiera sido correcto que llegase el pajarito antes de que estuviese hecho el nido».